

volucionarias. Todas estas aspiraciones se hallaban comprendidas en germen en el programa imperial.

El paso del Tesino por las tropas italianas había de señalar el principio del estado de guerra, y en este sentido se habían enviado instrucciones á nuestro encargado de negocios, Sr. de Banneville. Todo el mundo esperaba que Austria sacaría partido de sus ventajas, precipitando el rompimiento á fin de precipitar también el ataque. Pero transcurrieron los días 27, 28 y 29 de abril sin que ningún cuerpo enemigo apareciese en la margen derecha del río. La sorpresa fué grande, y nadie supo explicarse una marcha tan lenta después de una decisión tan pronta. En medio de la general incertidumbre, los más optimistas se pusieron á comentar un artículo pacífico del *Morning-Herald* y un discurso de lord Derby que parecía anunciar negociaciones reanudadas y dejaba vislumbrar todavía alguna esperanza. El 1.º de mayo este último destello se desvaneció, pues se supo que los austriacos habían pasado el río. Al día siguiente se tuvo noticia de que acababan de ocupar Novara y se concentraban en la Lomellina.

Ya no faltaba más que invocar el destino de las batallas. El 3 de mayo, una proclama del emperador al pueblo anunció la guerra entre Francia y Austria. Napoleón declaraba solemnemente que Italia sería libre hasta el Adriático, que no se fomentaría el desorden en la península y que no se quebrantaría el poder del Padre Santo, tres predicciones que un porvenir próximo había de desmentir por igual. Añadía que iba á ponerse al frente del ejército, y encomendaba la emperatriz regente y su hijo al país. Aquel mismo día el señor de Banneville salió de Viena y el Sr. Hubner de París.

Los batallones franceses subían ya las vertientes del monte Cenis ó bajaban las laderas del Susa, mientras

en las estrechas calles del puerto de Génova se agitaban en pintoresco tumulto nuestros soldados recién desembarcados.

Lo que hacemos de un modo más triunfal suelen ser nuestras faltas. La partida del emperador fué triunfal. No es que en las Tullerías la separación fuera exenta de tristeza: no dejaba de causar cierta pena el ver alejarse un amo bueno, indulgente y generoso, y los más perspicaces servidores del Imperio se sentían llenos de turbación y de ansiedad. Pero cuando el cortejo imperial hubo dejado á sus espaldas el suntuoso palacio, desplegóse al lado de la pompa oficial un aparato popular del todo inusitado. Las mismas demostraciones de simpatía que habían acompañado á nuestras tropas se repitieron con más fuerza al paso del soberano. A medida que avanzaron hacia el arrabal de San Antonio, la plaza de la Bastilla y la calle de Lyon, las manifestaciones simpáticas aumentaron en intensidad. En todas las ventanas ondeaba la bandera tricolor: de todos los labios se escapaban gritos de «¡viva el emperador!» y «¡viva Italia!» sobre todo. Los que estaban sujetos á la vigilancia de la policía no eran los que aplaudían menos, como si esperasen que la agitación propagada al extranjero volvería de rechazo al foco de que había salido. Parecía una manifestación, no del imperio liberal que tantos espíritus nobles saludaron más tarde, sino de una especie de imperio democrático nacido de la revolución, viviendo por ella y no subsistiendo sino con la condición de servirla y propagarla. Aquella muchedumbre no se equivocaba en sus instintivos cálculos, ni desviaba torpemente sus aclamaciones. ¿A qué acudir á las sediciones, á las barricadas, á los complots, á los atentados, si el emperador iba á minar desde aquel día de una manera lenta, pero segura, el trono al que una increíble suerte lo había elevado?

## LIBRO DÉCIMOSEXTO

### LA GUERRA DE ITALIA

- SUMARIO: I.—LOS PRIMEROS PREPARATIVOS DE GUERRA.—Secreto de estos preparativos: el mariscal Vaillant y el mariscal Castellane; alternativas de actividad y de calma: la guerra estalla: composición del ejército de Italia.
- II (*Extracto del texto de La Gorce*).—Descripción del teatro de la guerra.—La Italia septentrional y el valle del Po.—Ventajas del ejército austriaco al principio de las hostilidades: atrevido plan que podía realizarse.—Inquietud de los generales franceses: el general Niel, el general Frossard, el coronel Saget.—Gran premura en enviar á Susa nuestras primeras divisiones: Canrobert en Turín y expediente adoptado para engañar al enemigo.—Primera concentración de nuestras fuerzas.—Inactividad de los austriacos y cómo dejan escapar la ocasión.—Llegada del emperador á Génova: el cuartel general trasladado á Alejandría: confusión y apuros administrativos: distribución general de nuestras fuerzas.
- III.—Esfuerzos de Giulay á fin de adivinar el plan francés: de cómo presume haberlo descubierto.—Gran reconocimiento austriaco y de cómo determina (20 de mayo) el combate de Montebello.
- IV (*Extracto del texto de La Gorce*).—Posiciones de los aliados en 21 y 22 de mayo.—Consejo de guerra: proyecto de un movimiento envolvente hacia Novara: de cómo se adopta esta combinación estratégica: su ejecución: los dos combates de Palestro (30 y 31 de mayo).—Los aliados acampan en torno de Novara.—Largas ilusiones de Giulay; de cómo al fin se le hace ver claro y él se decide á volver á pasar precipitadamente el Tesino.—De cómo el segundo cuerpo y los cazadores de la guardia pasan este río y se instalan más allá del *Naviglio grande*: pequeño combate de Turbigio (3 junio).—Últimas disposiciones de los aliados antes de penetrar en Lombardia.
- V (*Extracto del texto de La Gorce*).—MAGENTA (4 de junio).—Descripción del campo de batalla: franceses y austriacos, sus disposiciones, sus efectivos.—Primer movimiento ofensivo de la guardia y cómo se suspende hasta que Mac Mahón haya indicado su ataque.—Ataque de Mac Mahón.—De cómo los granaderos de la guardia se lanzan contra los puentes del *Naviglio grande*: combate encarnizado; peripecias diversas; situación crítica de la guardia; urgencia de un auxilio; llegada de la brigada Picard (tercer cuerpo).—Por qué causa Mac Mahón tuvo que interrumpir su ataque; por fin reanuda el combate: ataque y toma de la *Cascina nuova*: marcha sobre Magenta.—Continuación del combate á orillas del *Naviglio*: el tercer cuerpo austriaco; llegada de la división Vinoy: lucha encarnizada á orillas del canal y en torno de Ponte-Vecchio.—Mac Mahón llega á Magenta: última resistencia: toma del pueblo: se gana la batalla.—Largas ansiedades en el cuartel general: de cómo se sabe el éxito de la jornada.—Alarma y nueva toma de armas al despuntar el día 5 de junio; retirada definitiva de los austriacos: las bajas; carácter y resultados de la batalla.
- VI.—Entrada en Milán: recibimiento entusiasta.—Cuidados militares: combate de Melegnano (8 de junio).—Cuidados políticos: situación de Italia: la Toscana; Parma; Módena; las Romañas; lenguaje y disposiciones de Napoleón III: impresiones que prevalecen en Francia, y cómo estas impresiones podrán influir en la política del emperador.
- VII.—Retirada austriaca, y cómo esta retirada simplifica el resto de la campaña.—Marcha del ejército aliado; incidentes diversos; permanencia en torno de Brescia.—El ejército austriaco: nueva distribución, nuevo mando: plan adoptado y modificado luego.—Los aliados pasan el Chiese.—Jornada del 23 de junio: seguridad relativa: reconocimientos diversos y cómo son interpretados.
- VIII (*Extracto del texto de La Gorce*).—SOLFERINO: el campo de batalla: nuevo cambio en el plan austriaco: de cómo la marcha en sentido contrario de los austriacos y de los aliados debe conducir fatalmente á la batalla.—Primeros encuentros: Niel, Mac Mahón, Baraguey de Hilliers; los piemonteses.—Cómo se delinean tres acciones distintas: Medole, Solferino y San Martino.—El emperador: su llegada al teatro de la lucha; hacia qué lado resuelve llevar su principal esfuerzo.—Ataques hacia Solferino.—Fracaso de los piemonteses en el ala izquierda.—El ala derecha: Niel y los combates del cuarto cuerpo en Rebecco, en Baite y en la *Casa nuova*; auxilio que espera Niel: Canrobert y el tercer cuerpo: órdenes contradictorias; de qué manera Canrobert se aplica á ejecutar sus instrucciones: llegada de una porción de la división Renault y utilidad de este refuerzo.—Continuación del combate en el centro; sangrientos encuentros: ocupación de Solferino: de cómo Mac Mahón y la guardia se dirigen hacia Cavriana.—El ala izquierda: mala suerte persistente de los sardos.—El ala derecha; combates diversos; nuevos auxilios enviados por Canrobert: marcha de la división Trochú hacia Guidizzolo.—Ocupación de Cavriana.—La tormenta.—Cómo los austriacos han acordado proceder á la retirada.—Últimos combates en el ala izquierda.—Victoria decidida.
- IX.—Aspecto del campo de batalla: las bajas; los heridos en Medole, en Castiglione y en Brescia.—El ejército después de Solferino: incidentes diversos: Niel y Canrobert.—Retirada austriaca.—Paso del Mincio.—Llegada del quinto cuerpo (príncipe Napoleón).—Conjunto de fuerzas aliadas á principios de julio.—Cómo todo hace presagiar una batalla para el 7 de julio: el ejército abandona sus vivas y entra en sus acantonamientos.—Noticia del armisticio.
- X.—Causas que han podido determinar la resolución del emperador.—Las ambiciones italianas; las pérdidas de Solferino y apuros para continuar la campaña; actitud de Alemania y despachos llenos de alarma procedentes del interior; estado sanitario.—Algunos indicios: la diplomacia; Cavour.—Negociaciones con los ministros británicos; su consecuencia.—Causas que deciden á Napoleón III á tratar directamente.—El general Fleury en Verona.—El armisticio.
- XI.—Últimas esperanzas de los sardos.—Los acontecimientos se precipitan.—Entrevista de Villafranca.—Misión del príncipe Napoleón en Verona y últimas negociaciones.—La paz.
- XII (*Extracto del texto de La Gorce*).—Los piemonteses: Cavour, su llegada al campamento, su irritación, sus vanos esfuerzos, su dimisión y su regreso á Turín: Víctor Manuel; sus decepciones, su habilidad en limitar sus compromisos; con qué cuidado reserva la suerte futura de la Italia central.—La paz de Villafranca y las potencias europeas: curiosa actitud de Inglaterra: lord John Russell, sus despachos.—El emperador Napoleón sale de Valeggio; alto en Milán y en Turín: incidentes diversos: triste retorno.
- XIII (*Extracto del texto de La Gorce*).—Napoleón III en Saint-Cloud (17 de julio): su discurso á las grandes corporaciones del Estado.—Impresión pública.—La fiesta del 15 de agosto: entrada solemne del ejército de Italia: regocijos públicos: amnistía de todos los proscritos políticos.—Síntomas de una política pacífica.—Cómo tales indicios son engañosos, y la guerra ha complicado y no resuelto la cuestión italiana.

## I

El ultimátum de Austria había destruído las supremas esperanzas de paz; pero como aún antes de esta violenta manifestación la guerra era demasiado probable para que los generales se mostraran menos activos que los diplomáticos, desde principios de año hacíanse los preparativos para una guerra que había amenazado durante todo el invierno y que ahora era inevitable.

El día 2 de enero, y mientras los círculos políticos comentaban curiosamente las famosas palabras dichas por el emperador al Sr. de Hubner, el mariscal Vaillant, ministro de la Guerra, escribía al mariscal Castellane, comandante del ejército de Lyon: «El emperador ha dispuesto que las dos primeras divisiones de vuestro ejército, la de Luzy y la de Bonat, estén dispuestas, al primer aviso que recibáis por telégrafo, á marchar á Marsella para embarcarse. Preparadlo, pues, todo con sigilo. Tal vez este movimiento no habrá de realizarse, pero pudiera también suceder que hubiera de llevarse á cabo, por decirlo así, inmediatamente. Si recibís la orden, diréis que aquellas divisiones se embarcan para el Africa á fin de acabar de una vez con las sublevaciones de los árabes, y que el príncipe Napoleón quiere dar un gran golpe (1).»

En estos comienzos de los preparativos militares parece que el principal cuidado del mariscal Vaillant es el secreto; así, después de haber escrito la carta que acabamos de copiar, diríase que muda de opinión y que casi se arrepiente de lo hecho, y dirige á Castellane un parte cifrado concebido en los siguientes términos: «Procurad que todo quede entre los dos solos y partid del principio de que yo no soy más que el intérprete de una voluntad superior.» Y esta preocupación de tal manera le domina, que le impulsa á suspender todas las medidas que pudieran llamar la atención pública. «¿Hay que hacer incorporarse á las filas á los que disfrutaban de licencia semestral?» pregunta Castellane. «Nada de esto, responde el ministro, pues ello sería descubrir demasiado nuestras intenciones.» Después de algunas vacilaciones, hasta se deja partir con licencia á varios generales del ejército de Lyon. «No habléis, telegrafía Vaillant á Castellane el día 13 de enero; sed más mudo que nunca.» Sólo á los pocos días de esto el ministro se decide á aventurarse algo, haciendo venir de Africa á la división Renault y enviándola al campamento de Sathonay á fin de engrosar el ejército de Lyon, núcleo del ejército futuro. Al mismo tiempo se informa del estado de los caminos alpestres y escribe á Castellane: «Voy á confiaros mi más recóndito pensamiento: ¿qué deberíamos hacer para llevar algunos refuerzos franceses á Turín por el monte Genevre y por Susa, si de allí reclamaban socorros, de momento pocos en número, pero inmediatos? (2).» La respuesta de Castellane no se hace esperar. «No hay que pensar en el camino del monte Genevre á causa de la estación; el único practicable es el de Saint-Jean-de-Maurienne.» Poco después enviase á Culoz á un subintendente, á escondidas de sus propios jefes, para que reúna allí los víveres y forrajes necesarios para el paso de un ejército.

(1) Archivos del ministerio de la Guerra.

(2) Despacho de 21 de enero de 1859 (Archivos del ministerio de la Guerra).

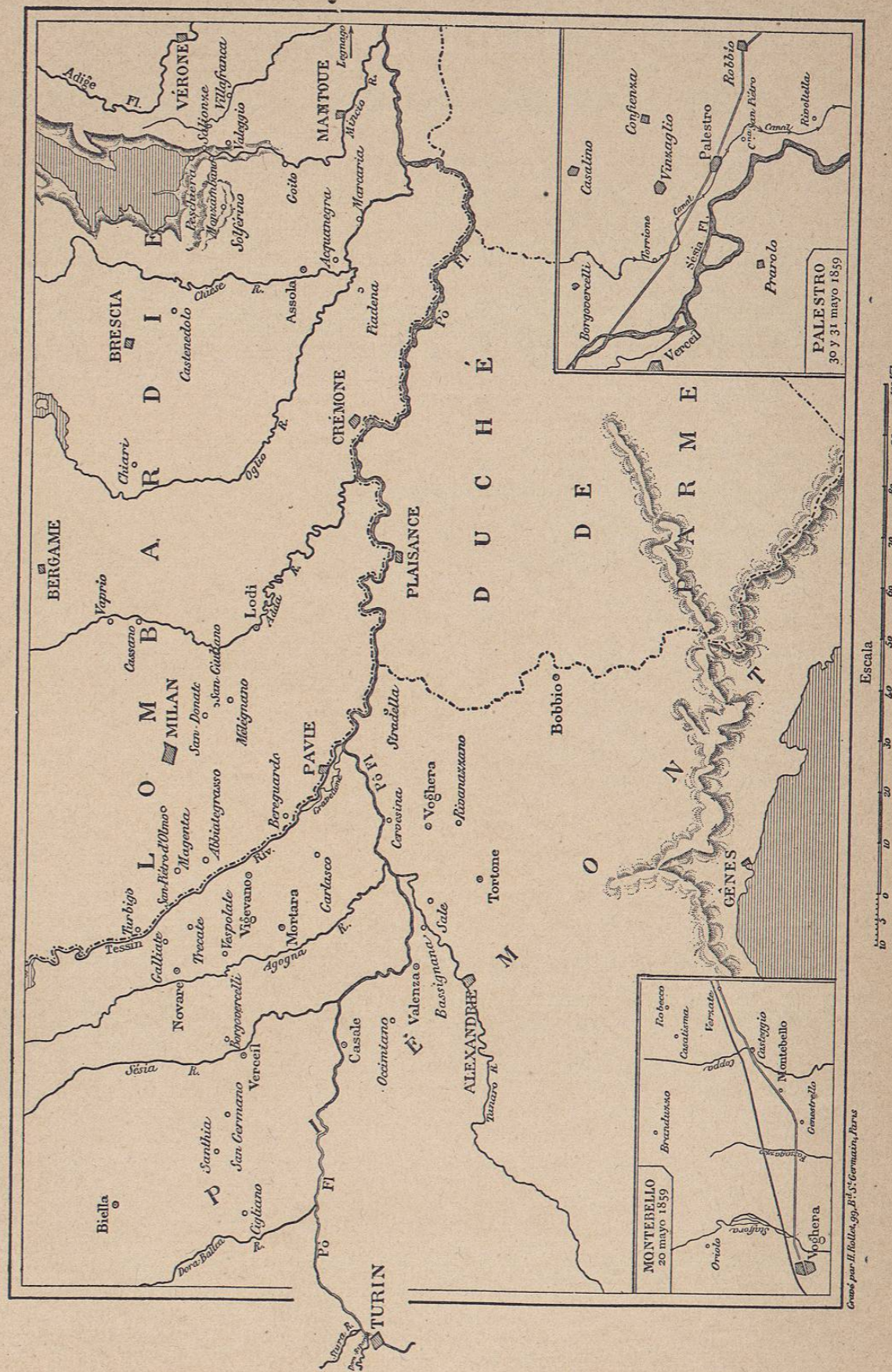
A fines de febrero, pareció que los temores de guerra se desvanecían y que brillaba un rayo de esperanza: «Dejemos que pase un poco de arena por el reloj,» escribe Vaillant á Castellane; pero á poco se reanudaron los aprestos bélicos por haberse demostrado nuevamente la impotencia de la diplomacia. Una nueva división, que fué la división Bourbaki, es distribuída entre Grenoble, Mont-Dauphin y Brianzón, y como la primavera es la época de los cambios de guarniciones, el ministro se hace la ilusión de que estos movimientos no llamarán la atención del público (3). En el entretanto, las fragatas que han desembarcado en Tolón los regimientos de la división Renault, vuelven á partir para Argel á fin de traer más tropas. A primeros de abril había reunidas en los alrededores de Lyon cuatro divisiones, sin contar la de Bourbaki, que comenzaba á formarse en el Delfinado, ni los regimientos llegados ó que habían de llegar á las costas de Provenza. Desgraciadamente faltaba que aquellos cuerpos tuvieran su artillería, que los servicios administrativos estuviesen organizados, que la previsión del que mandaba hubiese reunido los caballos, el material y, en una palabra, todo lo que permite á los ejércitos entrar inmediatamente en campaña y les preserva de los retrasos y de las intermitencias: la preocupación de mantenerlos ocultos resultaba perjudicial para los preparativos. El mariscal Vaillant no se inquietaba gran cosa de estas deficiencias: «El Congreso, decía, nos dejará el tiempo necesario para atender á todo (4).»

Sabido es cómo fracasó el Congreso; y en vista de que los sucesos se precipitaban, los regimientos de Lyon se aproximaron á la frontera. En 20 de abril, el mariscal Vaillant, presa de gran inquietud, escribía á Castellane: «Las cosas ofrecen actualmente un aspecto muy sombrío; y no os digo esto para que redobléis vuestra actividad, pues tal excitación es inútil tratándose de vos.» Pero aun en estas coyunturas extremas, lo que ante todo preocupa al ministro de la Guerra es que se guarde el secreto: «Quemad este billete, añade, del que sólo vos habéis de tener conocimiento.» Y de nuevo recomienda que se expliquen los movimientos de las tropas diciendo que se trata de regimientos destinados á Argelia. «En verdad que vale más callarse, replica Castellane un si es no es impaciente, porque ¿cómo hacer creer al público que se envían á Argel regimientos que precisamente acaban de llegar de allí?» Al día siguiente el disimulo ya no fué posible, y además resultó inútil. En efecto, del ejército de París fueron destacadas tres divisiones, las de Forey, Ladmirault y Vinoy, marchando las dos primeras hacia Tolón y deteniéndose en Lyon la tercera. Al mismo tiempo se crearon otras tres divisiones, las de La Motterouge, Espinasse y Bazaine, formadas en parte con regimientos acantonados en Provenza y en parte con los cuerpos llegados de Argelia. Los hombres con licencia renovable fueron llamados á las filas; la guardia apercibióse á partir; una decisión imperial dispuso la creación de seis brigadas de caballería á las que habían de unirse las tres de caballería de la guardia; y por último se expidieron á toda prisa

(3) Carta al mariscal Castellane, 18 de marzo (Archivos del ministerio de la Guerra).

(4) Despacho al mariscal Castellane, 26 de marzo (Archivo del ministerio de la Guerra).

## MAPA GENERAL DE LAS OPERACIONES EN ITALIA.—1859



órdenes para concentrar la artillería, las fuerzas de ingenieros y el tren de bagajes, reunir el material de las ambulancias y atender á todos los servicios militares que hasta entonces habían sido un tanto descuidados.

El día 23 de abril cesó todo misterio, pues el *Monitor* anunció la organización definitiva del ejército, que se denominó *ejército de los Alpes* y que no había de tardar en llamarse *ejército de Italia*, y de cuyo mando se encargaba el emperador, á quien acompañaba un jefe de Estado mayor general, que fué entonces el mariscal Randón. Ese ejército se subdividía en cuatro cuerpos, sin contar las dos divisiones de infantería de la guardia: el primero, confiado al mariscal Baraguey de Hilliers, se componía de las divisiones Forey, Ladmirault y Bazaine; el segundo, mandado por el general Mac Mahón, comprendía dos divisiones, la de La Motterouge y la de Espinasse; el tercero, á las órdenes del mariscal Canrobert, lo formaban las divisiones Renault, Bonat (1) y Bourbaki; y finalmente, el cuarto, cuyo jefe era el general Niel, contaba las tres divisiones Luzy, Vinoy y Faily. Proyectábase además formar próximamente un quinto cuerpo que se reservaría al príncipe Napoleón y sería destinado á un punto especial no conocido todavía. Habían comenzado ya los movimientos facilitados por las vías férreas que por vez primera se utilizaban para una gran guerra. Canrobert y tras de él Niel habían de entrar en el Piamonte por los Alpes; Baraguey de Hilliers y Mac Mahón tenían orden de embarcarse en Marsella y en Tolón para desembarcar en Génova, seguidos de cerca por los granaderos y los cazadores de la guardia mandados por el general Regnaud de Saint-Jean de Angely. Poco tiempo después, penetraría en Italia por el camino de la Corniche una parte de la caballería, no organizada aún por completo.

## II

¿Quién no conoce, por descripción ó recuerdo, los sitios en que nuestros ejércitos iban á llevar sus armas? En los confines de Suiza se extiende una poderosa cordillera que forma desde luego varios montes por la parte del Oeste y tuerce luego de Norte á Sur bajo las denominaciones de Alpes Peninos, Alpes Gracios y Alpes Cocianos; cerca del Mediterráneo se inclina hacia el Este, presenta luego de distancia en distancia anchas depresiones y, después de haber rodeado el golfo de Génova, se prolonga hacia el Sur con el nombre de Apeninos. Este inmenso semicírculo ciñe lo que llaman la alta Italia: nombre impropio, porque en ninguna parte de la Península el suelo es tan bajo. Dichas montañas, que cercan toda la región como con una barrera, la alimentan también con sus aguas (2). En uno de los puntos más elevados de la cordillera, cerca de la frontera francesa del Delfinado, se precipita en cascadas por las vertientes del monte Viso un torrente que, al llegar al llano, se regulariza, se ensancha y fluye casi sin inflexión hacia el Adriático. Los antiguos lo llamaban el Eridán; la geografía moderna lo llama el Po. Del semicírculo de las montañas acuden otros torrentes que lo agrandan á porfía: el Dora Riparia, el Dora Baltea, el Sesia,

(1) El general Bonat murió al principio de la campaña y fué reemplazado por el general Trochu.

(2) Véase el mapa adjunto.

y un afluente de mayor importancia, el Tesino. Viene luego el Adda, el Oglio, aumentado por el Chiesa, y el Mincio. Estos ríos presentan disposiciones comunes muy notables. Todos corren por la misma ribera, la izquierda; todos bajan directamente de Norte á Sur, recibiendo las aguas de las neveras de Suiza ó de los Alpes Récianos; todos se purifican en los lagos, el Tesino en el lago Mayor, el Adda en el lago de Como, el Mincio en el lago de Guardia; todos son paralelos unos á otros y perpendiculares al Po, de modo que forman contra todo invasor precedente del Oeste una serie de obstáculos que el trabajo del hombre puede en algunos puntos hacer infranqueables. Así enriquecido por tantos tributarios, el Po contiene apenas el volumen de sus aguas y desbordaría por los campos si no se hallase contenido por diques. Por último se divide en varios brazos para echarse en el Adriático. En este punto extremo de su curso, otro río, el Adigio, procedente del Norte como el Tesino, el Adda y el Mincio, parece también querer rendirle el tributo de sus aguas; pero, mediante un pequeño rodeo, las lleva al mar, aunque confundiendo casi su desembocadura con la del Po.

Esta ancha cuenca del gran río, tan distintamente limitada por el doble cerco de los Alpes y de los Apeninos, abierta sólo por la parte del Adriático, era famosa desde tiempo inmemorial por la fertilidad de su suelo, por su lozana vegetación, por sus aguas abundantes y utilizadas para el riego por un sistema de canalización que en ningún otro país ha sido superado. En la primavera, toda la comarca, con sus campos de moreras, sus emparados, sus mieses ya muy altas, su vallas de acacias y sus arriates de sauces, ofrecía hasta más allá de lo que alcanzaba la vista el aspecto de un jardín, de un jardín tan frondoso que las maniobras de un ejército ofrecerían en él grandes dificultades, pues la espesura interceptaba la vista por todas partes, y los canales y los ríos cortaban á cada instante el camino. Sobre aquella tierra tan opulenta como risueña la actividad humana había multiplicado no solamente las explotaciones agrícolas, sino que también los monumentos, las obras de arte, las quintas, los jardines, los palacios. Del llano habían surgido bellas y nobles ciudades, y entre ellas la suntuosa y alegre Milán, situada á la salida de los caminos de los Alpes.

En todas las épocas del mundo, tantas riquezas habían sido codiciadas, de modo que lo que parecía prosperidad se había convertido también en infortunio. Por los desfiladeros que la mano del hombre había ensanchado, el país había sido invadido al Norte por los tudescos y al Sur por los franceses, ávidos unos y otros de tan bella presa. En aquellos lugares, hechos en apariencia para la paz, no había un rincón de tierra que no llevase la huella de las luchas antiguas ó recientes entre poderosos rivales. Al bajar por los Alpes, nuestros soldados encontraban en todas partes vestigios de sus antepasados, y sobre todo los de Bonaparte en la llanura de Marengo y en las laderas de Castiglione. Pero la guerra nueva no se parecía á las antiguas sino por la abundancia de la sangre derramada. El objeto no era ya dominar á Italia, sino devolverle la libertad. Más allá del Tesino se extendía el reino lombardo-veneto, dominio del Austria y premio de la futura lucha.

En el momento de ir á romperse las hostilidades, los